

abusos y obrando con energía hizo ejecutar á sus dos colegas en la prefectura del pretorio; la tropa se amotinó, forzó las puertas del palacio y Ulpiano fué degollado á los piés de Alejandro que procuró en vano salvarlo.

Sintiéndose débilmente gobernado, el ejército comenzó á sublevarse en las provincias y el imperio se bamboleaba sobre su base secular. En este estado las cosas, surgió un nuevo, un gran peligro. Un caudillo persa, nuevo Kyros, se había sublevado en las montañas de la Pérsida contra la dominacion de los partos, los había vencido y había traído á tierra la dinastía que fundó Arsan e Bravo sobre las ruinas del imperio seleucida, cerca de cinco siglos antes. A la dinastía de los arsacidas, sucedió la de los sasanidas, hombres de otra raza y de otra religion, que resucitaba en aquellas comarcas el culto de Ahouramazda y del fuego simbólico. El vencedor era Artajerjes, mas por el nombre de su antecesor Sassan su dinastía se llamó de los *Sasanidas*. Invadió la provincia romana y en 232 Alejandro, que había abandonado á Roma llorando, entró en campaña con un ejército dividido y equipado como los de Alejandro Magno; la legion se había convertido en falange. Parece que los romanos sufrieron descalabros serios, pero el resultado fué que la provincia romana fuera libertada de la invasion y la Mesopotamia quedó intacta. Alejandro anunció pomposamente sus mentidos triunfos al Senado.

Después tuvo que marchar al Rhin en cuya orilla los germanos se agitaban; quiso evitar la guerra á fuerza de oro, lo que disgustó profundamente á los soldados, que murmuraban largo tiempo hacia contra la madre del emperador. Estaba en los alrededores de Maguncia, cuando los soldados proclamando emperador á un tracio, céle-

bre por su fuerza y agilidad, llamado Maximino, asaltaron su tienda y lo degollaron. (Marzo de 235). Así acabó la dinastía de los Severos, en que las mujeres y los jurisconsultos jugaron un gran papel importantísimo en la historia de la humanizacion del mundo romano.

*De Maximino á Filipo* (235-249). El hijo del pastor gético, que gracias á la adoracion del soldado por la fuerza física subió al imperio con el nombre de *Caius Julius Verus Maximinus*, empezó matando á los amigos y servidores de su víctima y reduciendo á la parte del ejército que se negaba á reconocerlo; luego hizo una gran correría victoriosa en la Germania y después se situó en la frontera danubiana para contener á los barbaros por ese lado, mientras decretaba toda clase de crueldades y exacciones hasta contra sus amigos, testigos de sus humildes comienzos.

En Roma, pueblo y Senado estaban furiosos contra aquel salvaje que los despreciaba tanto, así es que cuando supieron que varios grandes propietarios africanos sublevándose con sus colonos contra las exacciones del procurador de la provincia de Carthago, habían proclamado emperador al anciano y riquísimo procónsul Gordiano y á su hijo, se apresuraron á confirmar y á saludar á los nuevos emperadores. Desgraciadamente á los pocos días se supo también que la legion III augusta había vencido á los rebeldes y matado al hijo de Gordiano, que se había ahorcado de pesar. Pero el Senado no podía retroceder y se decidió á nombrar dos emperadores, uno que se ocupase de los negocios civiles y otro de los militares. Estos fueron naturalmente dos senadores, *Marcus Clodius Pupienus Maximus* y *Decimus Caelius Gabinus Balbinus*. El pueblo exigió que el joven nieto de Gordiano que estaba en Roma, fuese agregado á los dos emperadores.

Mientras la capital hacia emperadores y la anarquía reinaba en su seno, gracias al desenfreno de la soldadesca, Maximino quería penetrar en Italia; pero Aquilea le cerró sus puertas y lo detuvo victoriosamente, mientras Pupieno dueño del Hadriático le cortaba los recursos. Los legionarios de la II legion parthica, cuyas familias estaban en Italia por temor de las represalias decidieron concluir la guerra y degollaron á Maximino.

Pupieno y Balbino estaban triunfantes: por desgracia á la raíz del triunfo empezaron sus querellas; los pretorianos que veían con sorda cólera á los emperadores del senado, se aprovecharon de ellas para dar muerte á ambos, después de insultarlos (Junio-238).

Los soldados proclamaron agosto á Gordiano III; el imperio disfrutó de algunos años de paz, gracias á Timesitheo suegro del emperador que arrojó de palacio á los eunucos, legados por Gordiano II á su sobrino, que lo trastornaban y lo corrompían todo.—Timesitheo, daba excelentes consejos á su yerno, al mismo tiempo que preparaba activamente la defensa del imperio. Cuando Sapor, sucesor de Artajerjes en el trono de Persia, invadió la Siria y amenazó á Antioquia, Gordiano encontró un brillante ejército listo para marchar. Recorrió el valle del Danubio, batiendo á los Godos y otras tribus que asolaban el país, pasó el Heleponto, rechazó á los persas y vadeó el Eufrates. Entonces murió Timesitheo, nombrado por el Senado, por indicaciones del emperador, *tutor de la República*, y sucedió á este hombre notable, un árabe lleno de audacia y de ambicion, Filipo hijo de un beduino de la Traconitida, que se había elevado de grado en grado, hasta llegar á sustituir á Timesitheo. Con infernal astucia Filipo provocó una sedicion, se hizo nombrar

primero colega de Gordiano, luego lo hizo deponer y acabó por asesinarlo. (244)

*Marcus Julius Philpupus*, hizo una paz desventajosa con los persas y partió para Roma. Algunos autores eclesiásticos pretenden que era cristiano y que hizo penitencia en Antioquia, por el asesinato de Gordiano. Su conducta pública fué siempre la de un pagano, y solo es verdad, que bajo su reinado, como bajo el de Alejandro Severo, los cristianos disfrutaron de una paz profunda.

En tiempo de Filipo, Roma celebró con inmensa pompa el milésimo aniversario de su fundacion (247). Después de estas fiestas, el emperador que gobernaba con dulzura y justicia, hizo algunas campañas. Cuando supo que habían estallado varias sediciones en el ejército que proclamaba nuevos emperadores, mandó á uno de los más inteligentes y serios senadores llamado Decio, para sofocar la mas temible de estas sediciones, la de las legiones de Pannonia. Decio se resistió previendo lo que iba á suceder. Marchó al fin, mas apenas hubo llegado cuando los soldados le obligaron á vestir la púrpura. Filipo fué á batirlo, pero en las cercanías de Verona fué vencido y muerto por los partidarios de Decio (249).

ANARQUIA.—*Estado del imperio.—Las invasiones.* (249-268.)—Hemos visto cómo después de la gran invasion gótica en las comarcas situadas entre el Báltico, el Danubio y el Mar Negro, el mundo bárbaro presentaba un aspecto distinto del que conocieron los romanos del siglo de los Antoninos; pueblos más audaces ocupaban la vanguardia de aquel enjambre de naciones y á los antiguos nombres sucedieron otros: los franks, los saxons, los burgondes, los longbarths, los alamans, etc. Estos, cuyo nombre quiere decir, hombres de todas las razas, expedicio-

naban en el territorio que abrazan los Alpes, el Mein, los Vosges ó en la Rética: la denominación de *franks*, se daba á diversos grupos de guerreros catts, sicambros, bructeros, tenteros, y ansibares que sin participación de sus pueblos marchaban á la guerra bajo gefes particulares; los *saxons* (hombres de largos cuchillos) reclutaban sus fuerzas en otros pueblos, dominaban en el mar del Norte y expedicionaban en la Bretaña insular que acabó por ser suya. Las tentativas de Hermann, de Marbod, del Decebalo de los dacios, para unificar la barbarie, habian fracasado por completo y ahora como antes, cuando no se trasladaba la nación en masa, los invasores del imperio eran aglomeraciones de bandas guerreras que se unian con un objeto determinado y se disolvian despues.

Por los tiempos que historiamos, las invasiones parciales eran permanentes y el imperio era impotente para contenerlas todas. Si hubiese habido príncipes como Trajano, como Severo, la invasión habria sido vencida, sostiene Duruy: no, los grandes guerreros solo habrian retardado el golpe. Sin la paz el imperio habria estallado por la incoherencia y la obra de asimilación no se habria verificado; con la paz, el amor al servicio militar y la disciplina tenían que desaparecer á la larga. Huyendo los ciudadanos de la obligación de tomar las armas teníase que recurrir á los extranjeros, precisamente á los mismos bárbaros, lo que facilitaba las invasiones y creaba el dominio de la soldadesca en el interior. De todos modos el resultado habria sido el mismo. El desmembramiento primero, la ruina despues.

Las instituciones militares en plena decadencia, se trasformaban, la caballería, propia para correr de un punto á otro de la frontera, era ahora el ner-

vio del ejército; los bagages se habian multiplicado hasta el infinito y nada remedió á estos males, la creación de esos gefes superiores que se llamaban *dux* (duques) que empezaban á figurar ya, como en el servicio del emperador, empiezan á figurar los *comites* (condes) de palacio.

Y así como la falta de observación exacta de la naturaleza que rodea al hombre, detuvo el vuelo de la ciencia, que á la larga habria podido armar maravillosamente al romano contra el bárbaro (V. Dubois-Raymond) así la falta de la verdadera ciencia política impidió llegar á esa forma más alta de la agrupación política que se llamó el imperio, á la forma representativa p. e., que le habria conservado su vigor interno. Lejos de eso el Senado no era ya mas que el consejo municipal de Roma: los municipios si bien no habian perdido toda autonomía, como lo demuestra contra Duruy la inscripción de Thorigni, si habian atrofiado buena parte de ella los agentes del fisco imperial, y todos los altos puestos, inclusive el de emperador, eran presa de los aventureros que inundaban el mundo. Y esto no tenia remedio; porque si es verdad que los emperadores tendieron siempre á este poder absorbente de toda independencia, cuya fórmula dieron, explicaron y encomiaron los jurisconsultos, también es cierto que los abusos de las aristocracias municipales fueron la causa de esta monstruosa extensión de la autoridad del príncipe, cuyo inmediato resultado fué la extrema lentitud en el despacho de las negociaciones, lo que perturbó hondamente el bienestar del imperio. Entre tante la disminución constante de las personas acomodadas (*honestiores*) en proporción con el aumento de los miserables (*humiliores*) destruía la estabilidad social.

En realidad este bienestar estaba ya

perdido; esprimido el jugo vital de las ciudades para atender á la guerra, y empleadas en ella las legiones que antes se consagraban en todo el imperio á los trabajos públicos, estos cesaron. Los caminos fueron desapareciendo, las ciudades aislándose, el comercio extinguiéndose; de aquí la miseria, la inseguridad, de ésta el abandono de los campos, que tornaron á ser focos de pestilencia, y la soldadesca brutal de los pretendientes del imperio, ó los bárbaros, ó la peste, visitaban de continuo aquellas yermas ciudades, antes mansiones del bienestar y de la paz: el fisco imperial se resintió de esto; las provincias cesaron de enviar recursos al centro, los emperadores apelaron á las confiscaciones, que mantenian el estado precario de la propiedad, y por último, á la falsificación de la moneda. Los particulares que recibían moneda de cobre estaban obligados á pagar los impuestos en oro, en esos *aureos* que habian sido el tipo de la moneda en la época de los Antoninos y el símbolo de la inmensa prosperidad del imperio. Esta obligación de recibir cobre y pagar oro, traía el desequilibrio en las fortunas, las bancarrotas por donde quiera, y con ella la muerte de las industrias, que ya solo podían reclutar sus braceros entre los bárbaros, lo que hacia retrogradar el valor intrínseco del artefacto.

Y en medio de esta decadencia general, las doctrinas cristianas disolviendo toda idea de patria; los cristianos llamando en todas partes hermanos á los bárbaros y ayudándolos algunas veces (en el Ponto) en su obra de destrucción. ¡Y qué destrucción!

Aquella fué una calamidad inmensa; las ciudades, acostumbradas á la paz, levantaban á toda prisa sus muros en la Macedonia, en la Grecia, en las Islas, en el Asia Menor; nada dete-

uia la corriente, y la población agrícola del imperio disminuía de un modo alarmante. (1)

En medio de esta declinación incontenible del mundo romano, vistió Decio la púrpura. Hombre del pasado, se empeñó en resucitar las cosas muertas, despues del triunfo de Verona. Hizo que el senado nombrase censor á Valeriano, persona excelente, que luego fué emperador, y cuyo fin fué trágico, y ordenó una gran persecución contra los cristianos. Seguramente se ha exagerado mucho el número de las víctimas de esta persecución; varios de los prohombres de la Iglesia escaparon á la garra del verdugo como San Cipriano, San Gregorio el Taumaturgo, Orígenes, que fué atormentado inútilmente. Hubo muchísimos apóstatas; otros huyeron, entre éstos, Pablo, que se retiró al desierto, en donde vivió 89 años; Antonio, su discípulo, fué el fundador de las instituciones monásticas, que tanto mal habian de causar al Oriente por su ódio á la civilización y tanto bien al Occidente, en donde fueron los grandes agentes de la civilización de la barbarie y los instrumentos más hábiles de la obra grandiosa del pontificado romano.

Por otra parte la persecución sirvió á la Iglesia que se hallaba en un estado deplorable puesto que "la piedad habia muerto en los sacerdotes, la probidad en los ministros y la caridad en los fieles" (S. Cipriano—*De Lapsts.*) El martirio la regeneró con el bautismo de sangre.

Decio tuvo que combatir una de las terribles y constantes invasiones de los godos. No pudo impedirles penetrar en la Macedonia, pero quiso cortarles la

(1) Duruy dice que la población, á mediados del siglo III, estaba reducida á la mitad. Esto es exagerado; Fustel de Coulanges ha demostrado que solo habia disminuido realmente la población agrícola.

retirada cuando cargados de botín penetraron en la Mæsia, rumbo al Danubio. Vano intento; los bárbaros despedazaron el ejército romano, y el emperador y su hijo perecieron (251).

Varios aventureros sucedieron á Decio; Gallus, á cuya traicion se debía probablemente la derrota, celebró una paz vergonzosa con los godos y proclamado emperador marchó á gozar á Roma, mientras el hambre y la peste asolaban las provincias. Los soldados de Pannonia hicieron emperador á un mauritano, Emiliano; este bajó á Italia, y venció en Terni (254) á Gallus, que murió en el combate. El vanidoso Emiliano se preparaba á hacer maravillas contra los bárbaros, apellidándose ya Hércules y Marte, cuando supo que Valeriano el censor nombrado por Decio, que traía en auxilio de Gallus las legiones del Rhin, había sido aclamado emperador. Los soldados de Emiliano al tener esta nueva, sintiéndose más débiles que sus adversarios, degollaron á su emperador, que había reinado tres meses.

Publius Licinius Valerianus tenía sesenta y tres años cuando subió al trono. Como los bárbaros apretaban por todas partes el círculo formado en derredor del imperio, hizo colega suyo á su hijo el depravado Gallienus y conforme á una idea que ya era común entre los políticos del tiempo y que preparó al sistema de Diocleciano, dejó á su hijo el cuidado del Occidente y él se encargó del Oriente. Gallieno, ó por lo ménos sus generales, entre los que había hombres notables como Posthumo, el gobernador de la Galia, ó de genio como Aureliano, á quien Valeriano proclamaba, el salvador de Italia, pudo hacer frente á la multitud de invasiones parciales, guiadas la mayor parte por tan audaces caudillos, que hubo banda de *franks* que devasta-

ra la Galia, la España y fuera á poner espanto en los habitantes de las ciudades de la Mauretania en Africa. Otros, los alamanes, penetraron en el sagrado suelo de la Italia y se vanagloriaban de haber recorrido gran parte de la península.

La situacion era crítica en todas partes; Valeriano despues de celebrar con sus duques y sus prefectos un consejo en Bizancio, había marchado á Antioquia á atender á los negocios de Oriente, cuando una terrible tempestad se desató en las costas del Mar Negro. Haciéndose ceder sus barcas y guiar por los peninsulares de la Crimea, los godos, los alanos, los herulos llegaron á las costas del Asia menor y saquearon á Trebizonda. Al saber esto los godos del Danubio bajaron unos en barcas el rio y otros por tierra penetraron en la Thracia, llegaron al Helesponto, lo pasaron, y haciendo huir en todas partes á las legiones, saquearon la Bithynia, se apoderaron de Khalchedonia, de Nikomedia, etc. y solo volvieron cuando por temor á la mala estacion, quisieron salvar su enorme botín.

Probablemente en connivencia con los bárbaros, los persas que se habían apoderado de la Armenia y que sitiaban á Emessa, penetraron en la Siria y Sapor, el sucesor de Artajerjes, ocupó Antioquia. Se retiró á la llegada de Valeriano y como su infantería era mala no pudo dar la mano á los bárbaros; cuando éstos se retiraron, el emperador marchó sobre Emessa. Sapor lo atrajo á una entrevista, lo hizo prisionero y lo retuvo hasta su muerte (seis años). Luego se apoderó de Antioquia, de la capital de la Kapadokia y se retiró llevándose un botín mayor quizá que el de los bárbaros, cuando los restos del ejército de Valeriano habían vuelto á la ofensiva.

Los cristianos maldicen el nombre de

Valeriano y en las humillaciones que le infligió Sapor que se servía, segun una leyenda inspirada por el bajo relieve de Daratgerd, de su cabeza como de un estribo, veian el castigo de Dios. Efectivamente Valeriano ordenó una cruel persecucion contra unos hombres que parecian indiferentes al dolor general. S. Sixto, el obispo de Roma, S. Cipriano y multitud de sacerdotes y de fieles fueron decapitados, quemados, y torturados. Galieno hizo cesar la persecucion.

La retirada de Sapor fué desastrosa. Balista uno de los generales de Valeriano lo seguia de cerca y un rico patricio de Palmira, Odenath, á la cabeza de una multitud de bandas de beduinos marchó en pos suya hasta Ktesifon é infligió al persa una sangrienta derrota. Los árabes saludaron rey al vencedor, y Galieno confirmó este título. (262)

Estamos en la época oscura y confusa que se halla de los treinta tiranos, ridícula é inoportuna reminiscencia clásica de un período de la historia de Athenas; como un historiador lo ha dicho, los usurpadores que entre la muerte de Valeriano y la de Galieno aparecieron en diversos puntos del imperio, ni eran treinta ni eran tiranos; apenas llegaron á diez y ocho los generales á quienes sus soldados vistieron de la púrpura. El primero que se sublevó fué un excelente oficial, Posthumo, que se apoderó é hizo ejecutar al hijo de Galieno en Colonia. (258) Contuvo á los bárbaros, á los francos y alemanes en el Rhin y en el mar á los sajones; fué reconocido por las Galias, España y Bretaña; su capital fué Tréveris y bajo su imperio las provincias segregadas del resto del imperio en convulsion, disfrutaron de paz y de seguridad. Ingenius fué otro emperador hecho por las legiones de Pannonia. (258) Galieno y su lugarteniente Aureolus lo vencie-

ron cerca de Mursa; el usurpador se dió la muerte. El Egipto y los restos del ejército de Valeriano en Siria, proclamaron emperador á Macriano, que lo debía todo al emperador cautivo y á quien los cristianos tenían por hechicero. Hizo nombrar Augustos á sus hijos Macrianus y Quietus. Desde luego envió á Europa á uno de sus generales, Pison, para combatir á Valens que gobernaba la Grecia por Galieno. Ambos generales tomaron la púrpura; poco despues sus soldados los mataron. Aureolus batió y mató á Macriano y á su hijo, y poco despues Odenath capturó y dió muerte á Quietus, el segundo hijo del usurpador; quedaba así dueño absoluto del Oriente, mientras Galieno y Posthumo se dividian el Occidente. Inútil es decir que los bárbaros, aprovechándose de las discordias del Imperio, invadian constantemente la Grecia y el Asia Menor. Por los años de 262 quemaron el magnífico templo de Artemis en Efeso. En 264 Galieno estaba en Bizancio y reconocia á Odenath el título de Augusto.

En el siguiente año, despues de poner en graves apuros á Póstumo, en las Galias, volvió á Italia, dejando á Aureolus en los Alpes; Póstumo despues de vencer á su competidor, Lelianus, fué asesinado por no dejar á sus soldados saquear á Maguncia. Victorinus, de noble familia gala, que había sido asociado al imperio por Póstumo, á pesar de los competidores que le suscitaban los soldados guardó el cetro; uno de aquellos lo asesinó en Colonia. (268)

La madre del jóven emperador, Victoria, á quien los soldados llamaban *la madre de los campamentos*, hizo que el ejército nombrara á su pariente Pius Esuvius Tetricus, que gobernaba la Aquitania por Galieno y que aceptó contra su voluntad, encerrándose en

Burdeos en acecho de una oportunidad para dejar el puesto.

En Pannonia, Regalianus, tuvo un reinado efímero; de otros usurpadores la historia solo ha conservado los nombres. En Carthago, en Egipto, en donde un tal Eliano, gobernó algún tiempo; en la Isauria, un bandolero, pasaron como meteoros sangrientos, brillaron un momento y volvieron á las tinieblas sin dejar huellas en los anales de la época que han llegado á nosotros. Solo Odenath y su esposa Zenobia estaban á punto de fundar un gran imperio romano arabe en torno de Palmira.

En 267 los godos y sus aliados habían penetrado de nuevo en el Asia menor y en la Grecia, en donde se apoderaron de Atenas. Las bandas que poblaban estas provincias volvieron por el Iliricum al Danubio. Galieno marchó á su encuentro y los disolvió en parte por la diplomacia y en parte por las armas. Galieno no tenía ningún escrúpulo en tratar con los bárbaros y es sabido que hacia tributar honores imperiales á su concubina, Pipa, hija de un rey marcomano. Mientras que hacia cónsul á un godo, Aureolus rebelado se apoderaba de Roma; Galieno volvió sobre él lo venció y lo encerró en Milan. Durante el sitio de esta ciudad, Claudio, Aurelianus y otros generales, comprendiendo que mientras rigiera el imperio hombre tan inepto y tan vicioso como Galieno la anarquía iría en aumento, resolvieron deshacerse de él y en Mayo de 268 lo hicieron matar.

De la historia de los treinta tiranos se pueden sacar tres conclusiones legítimas: que los soldados eran los dueños definitivos del imperio; que este se hallaba en riesgo inminente de desmembrarse, siendo necesario para evitar que esto no fuera la ruina, organizar el desmembramiento, que fué la obra de Diocleciano, y que bajo un emperador

impotente como Galieno, á los diversos usurpadores se debe la defensa del territorio contra los bárbaros, defensa que el emperador oficial ni podía, ni sabia hacer.

*Claudio—Aureliano (268—275.)* Un dálmata, Marcus Aurelius Claudius, que Valeriano consideraba y temia, fué designado por los otros generales para vestir la púrpura y el Senado confirmó la elección. Ya era tiempo: una gran coalición se formaba entre los pueblos bárbaros, para invadir el imperio y Claudio empezó venciendo á los alamanos que se anticiparon á los otros, aunque Dunker asegura que esta tradición es falsa.

Por fin una multitud de hordas, mas de 300,000 combatientes segnidos de sus familias, de sus carros, de sus rebaños pasaron el Danubio por la Besarabia actual; allí se dividieron, unos embarcándose salvaron el Helesponto y se derramaron por las islas y las costas del Asia menor y de la Grecia y el grueso del ejército atravesó la Mesia. Claudio dejó á su hermano cubriendo á la Italia en Aquilea y se colcó en la Macedonia entre los bárbaros del mar que sitiaban á Tesalonica y los de tierra.—Vencidos y desconcertados los primeros por Aureliano, Claudio marchó sobre los segundos y los deshizo cerca de Naisus, persiguiendo á sus dispersos por todas partes, mientras que la flota imperial destruía á los que operaban por mar. Esta gran victoria aseguró un siglo de tranquilidad á la Mesia. Claudio murió en Sirmium de la peste que asolaba aquellas comarcas (270.) Sus comienzos anunciaban un gran emperador. Fué tio bisabuelo de Constantino.

Las tropas de Aquilea hicieron emperador al hermano de Claudio, quien fué reconocido por el Senado; pero al saber que los soldados de Pannonia ha-

bían proclamado á Aureliano, que aunque hijo de un liberto, había llegado á ocupar el segundo lugar en el ejército, se dió la muerte.

El nuevo emperador era digno del puesto que ocupaba. Por su severidad en la disciplina, le llamaban los soldados *hierro en mano*, pero como era valientísimo, lo adoraban. Hombre de austeras costumbres, desdeñó los vanos elogios del Senado, y cuando fué á Roma habló como un conquistador. Mientras que esto hacia, los yutungos y los vándalos pasaban el Danubio. Aureliano venció á los primeros y los obligó á doblegarse ante él, impresionándolos con un aparato militar inmenso. Con los vándalos usó de política, y se vió obligado á abandonar definitivamente la Dacia. Para paliar este abandono necesario, pero vergonzoso, una parte de la Mcesia llevó desde entonces el nombre de Dacia. Los colonos de la comarca conquistada por Trajano, se mantuvieron firmes contra la enorme marea de la invasión en sus inaccesibles montañas, y cuando ésta se desahogó por el Sur y el Oeste, ellos reconquistaron palmo á palmo el terreno perdido. En nuestro siglo han resucitado, formando la nación rumana, á la que el tratado de Berlin ha dado plena autonomía.

Pero las invasiones no cesaban un instante; los alamanos invadieron la Cisalpina, vencieron á Aureliano y llegaron hasta el Metauro: en Roma hubo sacrificios expiatorios y propiciatorios, en que perecieron probablemente algunas víctimas humanas, y hubo sediciones que Aureliano ahogó en sangre. Fué entonces cuando construyó un nuevo recinto á la ciudad, que comprendía al segundo.

Vencidos los bárbaros, Aureliano marchó al Oriente. Odenath había muerto asesinado, y su bella mujer Zeno-

bia había sido proclamada reina. Esta mujer sabia multitud de idiomas; era tan virtuosa como valiente y bella, y en su corte de griegos había encontrado un honrado consejero, *Longinus*, á quien se atribuye el tratado *de lo sublime*. Por ella, dice Aureliano, Odenath venció á los persas, y por temor á ella se estuvieron quietos los árabes, los sarracenos y los armenios. Zenobia se había apoderado de Alejandria, y su dominación sobre el Bajo Egipto duró hasta 272, y subyugó toda el Asia Menor, exceptuando la Bithynia. Por ahí entró Aureliano en Asia. Tomó á Antioquia, abandonada por Zenobia, y se mostró clemente y moderado hasta para dirimir las disputas teológicas entre los cristianos ortodoxos y los herejes del partido de Paulo de Samosata, gran amigo de Zenobia.

Después de perder en Emessa una gran batalla, Zenobia se había refugiado en Palmira. Aureliano atravesó el desierto y sitió á Palmira. Logró apoderarse de la reina, que iba en busca de los auxilios que esperaba de los persas, y la ciudad se rindió. Aureliano perdonó á la ciudad y á la reina; solo Longino murió noblemente. Ya el emperador atravesaba el Asia Menor de vuelta, cuando supo que Palmira se había sublevado. La venganza de Aureliano fué terrible: la reina del desierto cayó para siempre, y las caravanas, abandonando sus antiguas rutas, dejaron que las arenas sepultasen hasta sus ruinas.

Ya estaba en Europa, cuando la rebelión de Firmus en Alejandria lo obligó á marchar á Egipto, en donde se apoderó de la capital y del rebelde que murió crucificado. Luego marchó á las Galias contra Tetricus; éste facilitó á Aureliano el modo de vencerlo, y el imperio entero volvió á obedecer á un mismo dueño. En el espléndido

triunfo celebrado por el emperador en Roma, figuraron Zenobia y Tetricus, que vivieron muchos años despues. Con este motivo, el triunfador hizo espléndidos regalos á la tropa y al pueblo, y erigió un espléndido templo al sol, divinidad perfectamente acogida en el imperio, ya inclinado al monotheísmo, y por una curiosa contradiccion, daba leyes suntuarias y usaba una pompa oriental en sus trajes y ceremonias.

Despues de reprimir una terrible sediccion, que estalló en Roma con motivo de los abusos cometidos por los acuñadores de moneda, y de haber castigado en su misma familia una grave falta al honor, segun parece, marchó á las Galias, y en el Rhin y en el Danubio llevó á cabo varias felices empresas contra los bárbaros. Luego pensó en una gran expediccion contra los phartos, pero antes de llegar á Bizancio fue asesinado por algunos de sus servidores. Fué un príncipe mas necesario que bueno, dice un biógrafo, Vopiscus; la posteridad es del mismo parecer.

*Tácito.—Probo.—Caro.* (275-284). Los soldados, como para castigarse de haber dejado morir en una vulgar conspiracion á su jefe idolatrado, suplicaron al Senado que eligiese un nuevo emperador. Despues de seis meses de dejar acéfalo el imperio, sin que por eso la poderosa máquina dejase de funcionar, el Senado, que anunciaba al mundo entero, lleno de vanidad, la restauracion de su antiguo poder, en lugar de escoger un buen soldado para dirigir el imperio, revistió de la púrpura á un viejo senador, que llevaba el nombre de Tácito, y que se decia descendiente del gran historiador. Tácito rehusaba aquel peligroso honor, pero sus colegas lo obligaron y las legiones aceptaron un Néstor por caudillo, en los momentos en que se necesitaba un Ulises.

Reinado de un dia fué el suyo. Apenas

se hubo puesto al frente del ejército, para combatir á los eslavos y godos que pillaban el Asia menor, las sediciones comenzaron, primero en Siria y despues en derredor del soberano que se hallaba en Kapadokia. La edad, el disgusto que le causaba la insolencia de la soldadesca, habrian bastado á causar su muerte, pero parece que algunas sediciones la apresuraron. Se habia visto forzado á aceptar el imperio, y gastó su fortuna y su vida en una efimera dominacion. A su órden de multiplicar las obras de Tácito en las bibliotecas se debe la conservacion del solo ejemplar mutilado que se ha podido encontrar.

A Tácito sucedió Probo, valiente y enérgico oficial que empezó por someter á la aprobacion del Senado su eleccion. Todo el ejército se adhirió á ella, hasta los mismos que habian proclamado á Florinus, hermano del emperador muerto, que fué asesinado despues de tres semanas de reinado. Probo era un hábil político y un hombre de guerra de primer órden. Empezó recorriendo las fronteras del imperio. El y sus generales batieron á los franks, á los alamanes, á quienes persiguió hasta el Nekhar, levantó los muros que unian al Rhin con el Danubio y teniendo constantemente ocupados á sus soldados en la guerra ó en los trabajos públicos, visitó las fronteras danubianas, venció en todas partes, las pacificó, redojo á la obediencia á la terrible tribu de los lygios, cuyos guerreros se pintaban de negro, pasó al Asia menor, purgó aquellas comarcas de bandidos, y estableció numerosas colonias de veteranos á quienes dió tierras, deshechó últimamente una súplica del rey de Persia que queria la paz y volvió á Thracia para hacer ejecutar un vasto sistema de colonizacion de aquella comarca por familias bárbaras. En el estado en que estaba el imperio esta

idea fué fatal, por que fué la germanizacion del mundo romano, y facilitó el desarrollo de las invasiones. Lo mismo se hizo en diversas provincias.

Hubo varios pronunciamientos, en Alejandria, en Lyon, en Bretaña; todos fueron sofocados, pero eran un sintoma de que el ejército pugnaba por sacudir el yugo de un hombre inflexible que los hacia trabajar sin cesar. Un dia, aburridos, se precipitaron sobre él y lo mataron cerca de Sirmium, en Pannonia. (282) Luego lo lloraron y Carus, á quien Probo habia colmado de honores lo vengó y revistió la púrpura.

Caro era un anciano bravo y enérgico tambien. Tenia dos hijos á quienes nombró Césares: uno Carino, muy depravado, quedó en Occidente, y el otro de costumbres puras é inclinaciones dulces, marchó con él á Oriente á combatir contra los persas. Estos quisieron detener á Caro con una embajada, pero Caro los despidió diciéndoles que dejaria el territorio persa como su cabeza: era calvo. (1) Efectivamente, tomó á Seleucia y á Ktesifon, y habria continuado sus triunfos, si en medio de una tempestad no hubiese sido asesinado. Numeriano, muerto su padre, emprendió la retirada: llegó al Asia menor y ahí, un dia se encontró su cadáver ya corrompido, dentro de la litera cerrada que lo conducia. El asesinato se atribuyó á Aper, prefecto del pretorio, autor probable del asesinato de Caro tambien. Un general dálmata, Diocleciano, hecho emperador por el ejército, vengó á las víctimas, matando con sus propias manos á Aper, sin darle tiempo á defenderse. (284) Carino, entre tanto, asombraba á Roma por sus prodigalidades. El año de 285, marchó contra Diocleciano y ya lo habia

(1) Así nos lo muestran las medallas, mientras que Probo, de quien se ha referido hasta hoy la anécdota, tenia una abundante cabellera.

vencido, en las márgenes del Margus, cuando un soldado lo mató.

*De Diocleciano á Constantino* (285-323). El vengador sospechoso de Numeriano á quien Aurelius Victor llama *parentem potius quam dominum* pertenecia á una familia de esclavos y era de origen dálmata; el nuevo emperador se llamó probablemente Docles primero, luego Diocles y por último Diocletianus lo cual era mas eufónico y aristocrático. Gibbon hace de este gran príncipe el juicio siguiente: "Diocleciano no era un héroe, pero tuvo siempre el valor que la ocasion ó el deber exigia. Sus cualidades eran ménos brillantes que útiles, poseia un alma fuerte ilustrada por la experiencia y por un estudio profundo de la humanidad; era diestro y dedicado á los negocios, mezclaba juiciosamente la economía á la liberalidad, la severidad á la dulzura; profundamente disimulado, ocultaba esto bajo el velo de la franqueza militar; tenia constancia para llegar á su objeto, flexibilidad para variar sus medios y sobre todo el gran arte de someter sus pasiones y las de los otros al interés de su ambicion y de dar á esta los mas espaciosos pretextos de justicia y de bien público."

Diocleciano empezó por demostrar la perfecta conciencia que tenia de la situacion del imperio; el mundo bárbaro se agitaba en todas las fronteras y aquel vasto territorio amenazado, necesitaba de más de un caudillo directamente interesado en su conservacion. De aquí vino que escogiese un colega, Maximiano, bravo soldado que no era más que un instrumento y á quien cedió el Occidente; luego persuadido de que los amagos del exterior exigian una mayor division de la enorme carga del poder imperial, escogió otros dos oficiales de primer órden, Galerio, bravo campesino como Maximiano, y Constancio el

amarillento (Chloro) soldado de alta alcurnia y de noble alma. Aunque los nuevos emperadores tuvieron el nombre de Césares, y fueron los hijos oficiales de los dos Augustos, Diocleciano y Maximiano, en realidad los cuatro tenían las mismas facultades; en la Bretaña, las Galias y la España reinó Constantio Chloro; en las orillas del Danubio y las provincias Ilirias reinó Galerio; Maximiano se reservó Italia y Africa, y Tracia, Egipto y las opulentas provincias del Asia fueron el lote de Diocleciano. Esta division no tuvo el inconveniente de desagregar el imperio mientras su autor estuvo en el trono é impuso á todos el ascendiente de su espíritu superior. Con esta combinacion de la tetrarquía Diocleciano no solo creyó poder hacer frente á los enemigos exteriores sino parar la decadencia política de la obra de Augusto, regularizando la sucesion del imperio por la eleccion del príncipe, práctica á que debía el mundo el gran período de los Antoninos, cuya grandeza habria ido en aumento, si la debilidad paternal de Marco-Aurelio no hubiera roto con la tradicion.

Inmediatamente se puso á prueba la obra de Diocleciano. Las Galias estaban tranquilas desde que Maximiano habia derrotado á las bandas de campesinos (*bagaudos*) que airados contra los propietarios que habian reducido la plebe rural al estado de siervos del terruño (de la gleba) se habian alzado en armas llenos de desesperacion, talándolo é incendiándolo todo en sus terribles correrías (287). La Bretaña en cambio, gracias á la rebelion de Carausius y á su energía se habia hecho independiente y los dos Augustos se habian visto obligados á respetar al rebelde. Despues de la muerte de Carausius, Constantio pudo, secundado por una fuerte escuadra recuperar la Bre-

taña (296) y con esto, con las brillantes victorias obtenidas por Constantio en las orillas del Rhin sobre los alamanes, especialmente, con la firme vigilancia de Galerio en el Danubio y, sobre todo, por la política benigna seguida con los bárbaros, las fronteras del imperio occidental fueron respetadas. Siguiendo la política de Probus, los bárbaros, que eran capturados ó que huían de las feroces contiendas que los desgarraban fueron destinados á dotar al imperio de los brazos que le faltaban y la riqueza territorial renacia como por encanto, aunque la poblacion formada así podia tomarse como la vanguardia de la invasion. Pero era terrible la disyuntiva para el mundo romano, ó acabar por consuncion ó renovar sus fuerzas con la trasfusion de la sangre bárbara en sus venas.

En el Africa las cosas tenian un aspecto alarmante cuando Constantino recuperó la Bretaña. Maximiano venció completamente á los mauritanos y Diocleciano puso sitio á Alejandría que despues de tomada fué tratada con excesivo rigor. Las ciudades de Koptos y Busiris perecieron, y el emperador indignado, hizo quemar todos los libros que trataban del arte de hacer el oro, atribuidos á Pithagoras, á Salomon, á Hermes, y de éste modo singular hace su aparicion la alquimia en la historia de las ciencias.

A la reduccion del Egipto siguió la guerra con los persas, con motivo de la investidura que recibió Tiridates del reino de Armenia que los persas le habian arrebatado y que era indispensable conservar bajo la proteccion de Roma, si se queria tener seguras las fronteras de Oriente. Galerio, encargado de la guerra, sufrió primero serios reveses que estuvieron á punto de trocarse en desastres, pero en una segunda campaña, logró reparar sus derrotas

venciendo á los persas mandados por su rey Narsés en persona. Poco despues se celebró en Nisibis un tratado de paz en que se señalaba el Araxes como limite entre las dos monarquías, se reconocian los derechos de Tiridates al trono de Armenia y se cedian al imperio la Mesopotamia y cinco provincias en la orilla izquierda del Tigris. El triunfo era completo y Diocleciano y Maximiano lo celebraron con inmensa pompa en Roma. (297) Pero esta distincion no volvió á la ciudad eterna su rango de capital; Maximiano fijó su corte en Milan y Diocleciano en Nikomedia á orillas del Helesponto. Así llevaba el astuto príncipe adelante su propósito de transformar el régimen de Augusto, en un imperio absoluto á la oriental, suprimiendo la influencia del Senado, rebajando el rango de Roma, mientras se hacia entrar á Italia en el régimen comun á las demas provincias. No reinaban en el imperio ni el espíritu de la antigua Roma, ni los descendientes de los romanos; lo que habia entonces era el producto de la reaccion del mundo sobre su conquistadora, y en aquel abigarrado y gigantesco edificio, el durísimo pero humilde granito que habia formado el cimiento, habia desaparecido ya. En realidad el reinado de Diocleciano fué el principio del imperio bizantino.

Para consolidar su política sistemáticamente despótica, Diocleciano ciñó la diadema y puso entre él y la masa de sus súbditos una escala descendente de empleos de todas especies, fundando así esa inmensa burocracia bizantina que los segundos flavianos habian de refinar y desarrollar constantemente; la consecuencia de esto fué que cuando, dice Lactancio, fueron más los que recibian que los que contribuian, las provincias fueron oprimidas por el peso de los tributos. La capitacion y el

impuesto territorial, sobre todo, cegaban las fuentes de la riqueza pública, á pesar de los esfuerzos de Diocleciano para moderar este estado de cosas.

Los reinados de Augusto, Hadriano y Diocleciano marcan las tres fases de la evolucion del imperio. Con este último por la nulificacion del Senado, por la reduccion de Italia á provincia tributaria, por la barrera gerárquica de empleados que rodeó al trono, la centralizacion llegó á su máximo y la organizacion política, administrativa y social del imperio no pudo ir más allá de lo que entonces fué, porque faltaba á aquella grande obra de unificacion el elemento de la unidad religiosa que el cristianismo habia destruido para confiscarlo luego en su favor. Realmente reducido el politeismo á una masa confusa de supersticiones en el vulgo, á un grupo de sueños místicos de los filósofos que pensaban en trasformarlo cuando ya era tarde, y á la religion oficial, toda de convencion, que no pasaba de una fórmula política en que el emperador hacia el papel de Júpiter como Diocleciano ó de Hércules como Maximiano, no podia presentar una resistencia duradera al cristianismo; si la desaparicion definitiva del politeismo se demoró algun tiempo fué por la resistencia pasiva de las costumbres, no de las ideas. Pero dado el medio en que vivian era imposible que los emperadores renunciaran á la religion oficial que era la parte más culminante de las instituciones imperiales y que comprendian que la idea llamada á realizar la unidad religiosa del imperio era la cristiana, que con maravillosa habilidad se habia adecuado al molde imperial dándose una constitucion episcopal indestructible y simple, y mostrándose, no la religion de un pueblo ó de un país, sino de todas las naciones, del mundo entero. Los cristianos no tenian ni ciudad